



TABEA BACH

EL LEGADO DE

LA VILLA DE

LA SEDA

Una emocionante saga sobre el amor, los secretos del pasado
y la tela más hermosa del mundo.

TABEA BACH

EL LEGADO DE
LA VILLA DE LA SEDA

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

Título original: *Das Vermächtnis der Seidenvilla*

© Bastei Lübbe AG, 2020
Publicado a través de Ute Körner Literary Agent
© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Página 204: © *As Time Goes By*, 1947, Warner Chappell Music, escrita por Hupfeld Herman e interpretada por Teddy Wilson.

Primera edición: julio de 2022
ISBN: 978-84-08-26159-9
Depósito legal: B. 10.203-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

EL NACIMIENTO

Cuando Angela miró por la ventana, no pudo creer lo que veían sus ojos: una fina capa de nieve recubría los tejados del casco antiguo. Que nevara en las montañas cercanas era algo relativamente frecuente, pero no en Asenza, pues el clima del Véneto era demasiado suave para ello.

Tuvo que pisar los adoquines con cuidado para cruzar el patio interior de la Villa de la Seda sin resbalarse. El gran edificio de dos plantas estaba erigido alrededor de un claustro rectangular con un gran portal de madera que daba a la calle. En el centro del patio había una vieja morera que todavía no había terminado de perder todas las hojas. Un color dorado relucía bajo el manto de nieve que se estaba formando en el suelo.

Todo tenía un aspecto digno de cuento de hadas y Angela tuvo la sensación de que el corazón no le cabía en el pecho. Aspiró una bocanada de aire y se llenó los pulmones de ese aire frío y nevoso. Hacía un año y medio que vivía en el norte de Italia y por primera vez sentía nostalgia de su tierra natal, Alemania, y de los paisajes nevados que rodeaban el lago Ammer, la zona en la que había vivido durante mucho tiempo.

—*Porca miseria!*

El portalón que daba a la calle se abrió de par en par para dejar entrar a Nola y a su hija, Fioretta.

—Menudo tiempo de perros —se quejó la tejedora antes de

descubrir a su *padrona* en el patio—. Ah, *buongiorno*, signora Angela. ¿Esto de la nieve es cosa suya?

—Buenos días, Nola —respondió Angela con una sonrisa—. No, no es culpa mía.

—*San Colombano, la neve in mano* —proclamó Stefano al entrar también en el patio acompañado de su esposa Orsolina—. Hoy es 23 de noviembre, y san Colombano a menudo trae nieve, ya lo dice el refrán...

—Pero ¡aquí no! —se quejó Nola mirando a su alrededor en el patio con indignación.

De repente, en el cielo se abrió un claro y un rayo de sol hizo relucir la copa de la morera. Por unos instantes, la atención de todos los presentes se centró en aquella preciosa estampa.

—Seguro que se derretirá enseguida —opinó Stefano antes de dirigirse con las demás hacia la otra ala de la Villa de la Seda, cuya primera planta alojaba la tejeduría. Al cabo de un cuarto de hora se reunirían como todos los lunes para organizar el trabajo de la semana. Sin embargo, Angela quiso tomarse unos momentos para disfrutar de aquella mañana tan poco habitual.

Una figura delgada, prácticamente oculta en un gran mantón de lana, entró en el patio.

—*Buongiorno*, Fania —le dijo Angela con alegría a su joven ama de llaves—. ¿Es la primera vez que ves la nieve?

Fania era una siciliana de solo dieciocho años y, a juzgar por su expresión, también estaba de lo más sorprendida por aquel fenómeno de la naturaleza.

—Sí —respondió el ama de llaves siguiendo a Angela hasta la vivienda—. ¿Ha desayunado ya? —preguntó la joven mientras se libraba del paño de lana y del fino abrigo que llevaba debajo.

—No, todavía no.

En la cocina, la cafetera empezó a borbotar y Angela la apartó del fogón.

—Mi tía me ha dado esto para usted —anunció la joven, dejando unos panecillos de maíz calientes sobre la encimera— para que se los coma con la jalea casera de membrillo —añadió sacando el tarro de cristal con la jalea y unos cubiertos del armario, y disponiéndolo todo de forma pulcra sobre el mostrador de la cocina.

—Emilia me mima demasiado —dijo Angela tomando asiento en uno de los taburetes de la cocina—. Mmm... —Se deleitó nada más partir el primer panecillo—. Pero ¡si siguen calientes!

—Zia Emilia acababa de sacarlos del horno. ¿Cómo se encuentra Nathalie? ¿Cuándo llegará el bebé?

La hija de Angela estaba a punto de salir de cuentas y vivía desde hacía unas semanas en la pequeña vivienda reservada a los invitados situada en la planta baja de la Villa de la Seda.

—Dentro de dos semanas —respondió Angela intentando rebajar los nervios que sentía ante la inminencia de la fecha. Con solo cuarenta y siete años estaba a punto de ser abuela y no veía el momento de contemplar por fin la carita del bebé. En cualquier caso, no había motivos para preocuparse, puesto que el embarazo de su hija había transcurrido sin la más mínima complicación—. Todavía no he visto a Nathalie esta mañana —explicó antes de tomar un bocado del delicioso panecillo. Emilia tenía razón: con la jalea de membrillo, los panecillos de maíz estaban simplemente deliciosos—. Quizá esté durmiendo todavía. ¿Podrías preparar una cafetera bien grande para la reunión que tengo con el personal y subírnosla a la tejeduría?

—*Con piacere*, signora Angela —respondió Fania.

—Ayer llegó otro encargo urgente de Estados Unidos. La señora Whitehouse es una buena amiga de la signora Tessa —explicó Angela sacando la hoja impresa de la carpeta—. Quiere una

estola de color rojo burdeos. Es para un regalo de Navidad. Sí, ya lo sé, el plazo es muy ajustado —se defendió al oír las expresiones de descontento de sus empleadas—. Pero, teniendo en cuenta que la señora Whitehouse nos ha proporcionado unas cuantas clientas nuevas, me gustaría poder contentarla.

—Qué cara más dura —gruñó Nola a media voz—. Pero si estamos a finales de noviembre. ¿No podría pedir simplemente uno de los pañuelos ya terminados que ofrecemos por internet? Hay un montón...

—Pero ninguno de color burdeos —la contradijo Angela con determinación—. ¿Nos queda suficiente seda de ese color en el almacén, Orsolina?

La tintorera tuvo que pensarlo.

—Creo que sí. ¿Qué tamaño debería tener la estola?

—Ochenta por dos metros ochenta —respondió Angela tras echar un vistazo a la hoja del pedido—. Maddalena —añadió dirigiéndose a la otra tejedora—, tienes una urdimbre negra, creo que podría quedar bien con ese rojo oscuro. ¿No terminabas hoy el pedido de París? ¿Crees que podrías empezar con el pañuelo burdeos a continuación?

—*Ma certo* —respondió la tejedora de ojos pardos que, como Angela sabía, trabajaba gustosa para las amigas estadounidenses de Tess, que se había establecido hacía muchos años en una de las villas más bonitas de la ciudad para pasar allí su vejez. Aquella anciana agradable, que en realidad se llamaba Teresa, aunque todos la llamaban Tess o Tessa, había sido la mejor amiga de la madre de Angela. De no haber sido por ella, a la alemana no se le habría ocurrido en la vida la posibilidad de establecerse también en el Véneto para tomar las riendas de aquella tejeduría de seda tradicional—. La amiga de Tessa podrá hacer ese regalo de Navidad sin problema —decidió Maddalena.

—Gracias —repuso Angela con una sonrisa. A continuación, se puso seria de nuevo—. Hay otra cosa que quería comentaros: últimamente nos llegan cada vez más encargos de vestidos.

Desde que Angela se había comprometido con Vittorio Fontarini, el heredero de uno de los linajes más nobles de Venecia, y había aparecido ante la alta sociedad vestida con un modelo diseñado por ella misma, confeccionado con seda tejida a mano, no hacía más que recibir encargos de prendas parecidas.

—¿Conocéis a alguna modista realmente buena, capaz de llevar a cabo mis diseños? —preguntó Angela a su personal. Sin embargo, nadie tenía ninguna propuesta.

—Yo solo conozco a Eugenia —dijo Nola—. Pero se dedica únicamente a hacer arreglos. No me atrevería a poner nuestros tejidos de seda en sus manos.

Angela suspiró.

—Entonces tendré que poner un anuncio en el periódico...

Un chillido terrible y prolongado rompió la calma que reinaba en la Villa de la Seda. Angela se levantó sobresaltada.

—*Madonna* —susurró Orsolina—. ¿Qué ha sido eso?

Acto seguido se oyó otro grito igualmente desgarrador. ¡Nathalie! Al instante el temor se apoderó de Angela. Salió corriendo a toda prisa, bajó la escalera y cruzó el patio tan rápido como pudo. El pequeño reino particular de Nathalie estaba justo enfrente del taller. Abrió la puerta de par en par y entró en la habitación de su hija.

—¿Tienes contracciones? —preguntó Angela sin aliento—. ¿Ya está aquí?

Fania llegó desde el baño contiguo con una toalla en la mano.

—Ha roto aguas —anunció en voz baja mientras ayudaba a Nathalie a quitarse el camisón húmedo. Angela constató que la joven siciliana estaba mucho más calmada que ella—. Signora, debería acompañarla al hospital...

No obstante, Nathalie estiró la espalda y soltó otro grito estremecedor.

—Ay, Dios mío —jadeó cuando hubo recuperado el aliento.

—Voy a sacar el coche del garaje —propuso Angela.

Pero Nathalie echó la cabeza hacia atrás y encogió las rodillas.

—Creo que no hay tiempo —opinó con la cara completamente colorada.

—Rápido, ve a buscar al dottore Spagulo —le ordenó Angela a Fania—. Dile que venga de inmediato.

Fania asintió y salió corriendo de la casa.

—No me esperaba que las contracciones fueran así —gimió Nathalie.

Al ver que el dolor remitía un poco, Angela ayudó a su hija a ponerse un camisón limpio de corte ancho y con una tira de botones en la parte frontal.

—Recuerda lo que aprendiste en las clases de preparación del parto —le aconsejó Angela intentando mantener el pánico a raya—. Respira de forma regular: inhala por la nariz y exhala por la bo... —Antes incluso de poder terminar la frase, una intensa contracción sacudió de nuevo el cuerpo de Nathalie—. Respira —le aconsejó Angela recostando a su hija de forma que su cabeza le quedara sobre el regazo—. ¡Respira conmigo! Inhala hondo. Y ahora, lentamente, saca el aire de nuevo.

—¡Es que me duele mucho, mamá! —se quejó Nathalie—. ¡Me dijeron que empezarían poco a poco, maldita sea!

—¿Puedo? —preguntó Nola, que había entrado sin hacer ruido y observaba a Nathalie con preocupación gritar de dolor.

—¿Conoce usted a alguna comadrona? —preguntó Angela. Nola se puso a pensar de forma frenética.

—Aquí no tenemos a ninguna comadrona, pero...

—Necesitamos más almohadas. Debería tener el cuerpo más erguido.

Por detrás de Nola, Angela vio que Orsolina iba repitiendo sus órdenes en dirección al patio. Era evidente que todo el personal de la tejeduría se había congregado delante de la puerta.

—En mi dormitorio —aclaró Angela—. Traed todas las que encontréis.

—El dottore Spagulo está en una visita a domicilio —anunció Fania jadeando. Si había vuelto tan pronto es que había corrido por la calle como si su vida dependiera de ello.

»Me han dicho que intentarán ponerse en contacto con él, pero que no responde al teléfono...

—Dios mío, ¿y ahora qué hacemos?

—Marca el número de emergencias.

—Eso no servirá de nada. Hasta que llegue el *pronto soccorso* con este tiempo...

Nathalie soltó otro chillido que sumió a Angela en un terror absoluto y luego, durante unos instantes, reinó un silencio sepulcral.

—¡Ya viene! —susurró con los ojos abiertos como platos debido al temor—. Mamá, lo estoy notando. ¡Dios mío! —exclamó antes de empezar a empujar de forma instintiva.

—¡Carmela! —exclamó Nola por encima del murmullo de voces—. Decidle a Maddalena que vaya a buscar a su madre. Es la única que...

—¿Carmela?

—Vamos, no discutáis ahora. Stefano, ve y tráela tú si hace falta para que no tarde tanto. Y tú —añadió Nola dirigiéndose a Fania—, pon agua a hervir. Y trae todas las toallas limpias que encuentres. Y sábanas. Y manoplas para el baño. Y recipientes. Anna, acompáñala y así la ayudas a traerlo todo.

Dicho esto, Nola abrió la puerta del baño y lanzó una mirada al interior para comprobar su estado.

—¿Qué estás haciendo, Nola? —gimió Nathalie—. ¿A qué viene todo esto?

—¿Qué crees que estamos haciendo? —preguntó la tejedora con una sonrisa—. Ayudarte a traer al bebé al mundo. ¿Qué, si no?

En un momento tuvieron un montón de toallas preparadas junto a la cama. Con la ayuda de las almohadas mantuvieron erguida la parte superior del cuerpo de Nathalie y formaron una especie de nido entre sus piernas abiertas, por si realmente se producía un parto espontáneo, tal como Nola se temía. Además, tenían listos también un par de recipientes con agua hervida, y Nola y Angela se lavaron las manos a conciencia con jabón.

Con una toalla, Angela le iba secando el sudor de la frente a su hija cuando unos pasos resonaron con fuerza en el patio, seguidos de una inconfundible voz ronca.

—Es Carmela —le dijo en voz baja a su hija mientras los dolores seguían acuciándola—. ¿Te parece bien que...?

—Sí, joder, sí —gritó Nathalie—. Si me puede ayudar, adelante.

La puerta se abrió y Carmela entró ayudándose con dos bastones.

—¿Cómo va eso, *fanciulla*? —le preguntó con una suavidad inusitada apartando a Nola hacia un lado.

Le acarició el pelo a Nathalie, le puso las manos sobre la barriga y se la palpó con cuidado. Luego levantó el camisón, se sacó un frasquito del delantal y lo destapó.

—¿Qué es eso? —preguntó Angela con desconfianza.

—Ah, solo un poco de aceite de hierbas —respondió Carmela mientras se frotaba las manos con el aceite, que desprendía un penetrante aroma a romero, rosa, lavanda y algo más amargo pero indefinible. La fragancia se apoderó de la estancia mientras

Carmela empezaba a amasar la barriga tensada de Nathalie. Esta inhaló aire a fondo y lo expulsó de nuevo. Cuando se tensó ante el regreso de las contracciones, Carmela chasqueó la lengua—. Con calma, respira con calma —le ordenó—. ¡Inhala! ¡Exhala! ¡Inhala! Exhala, poco a poco... Y ahora ¡presiona! Pero sigue respirando. ¡Presiona! Vamos, Nathalie, tú puedes, eres una chica muy valiente —la animó mientras sus manos menudas recorrían la barriga presionando aquí y amasando allí—. Parece ser que alguien tiene prisa por salir —murmuró—. Estaría bien tener unos guantes de goma —gruñó en dirección a Nola—. ¿Tenéis algunos? ¿Y tú, Orsolina? ¿No tienes guantes de los que utilizas para teñir? ¿Unos nuevos?

Orsolina salió corriendo como una flecha a comprobarlo. Angela no habría creído que la tintorera, que ya había cumplido los sesenta, fuera capaz de moverse tan deprisa. En un periquete regresó junto a la cama con un paquete de guantes por abrir. Carmela chasqueó la lengua de nuevo y los aceptó.

—Bueno, mejor eso que nada —gruñó mientras se los ponía. A continuación le pidió a Nathalie, que se había encogido de nuevo, que abriera más las piernas—. *Bravissima* —la alabó la anciana—. Ya le veo la cabecita. Tienes que seguir así un poco más, hija. ¡Respira! ¡Empuja! Empuja mientras expulsas el aire. ¡Sí! ¡Grita lo que quieras, si te duele! Cuando saques el aire, grita fuerte. ¡Vamos, aaah!

—¡Aaah! —rugió Nathalie mientras empujaba tanto como podía.

—*Fantastico!* —exclamó Carmela con voz ronca—. ¡Otra vez! ¡Ya casi lo tienes!

Angela se arrodilló detrás de su hija, sobre la cama, para mantenerla erguida sujetándola por las axilas y sirviéndole de apoyo. No podía ver lo que sucedía pero, por muy extraña que le hubiera parecido siempre Carmela, en esos momentos la anciana le trans-

mitió una gran confianza. Contó cinco contracciones y luego vio cómo, acompañado de un grito prolongado que seguramente se oyó por toda la ciudad, el bebé salía por fin del vientre de su hija.

—*Eccolo* —dijo Carmela envolviendo enseguida al retoño en una toalla de baño como si en toda su vida no se hubiera dedicado a otra cosa—. Un chico hermoso —exclamó, y con un cuidado que Angela no hubiera creído posible en aquella anciana, colocó al recién nacido sobre la barriga de Nathalie. Como si estuviera soñando, Angela contempló aquella carita manchada, los ojos cerrados y las manitas diminutas, doblando y desplegando los dedos. El cordón umbilical azul serpenteó sobre la barriga de Nathalie. Madre e hijo seguían unidos. Se oyó un sonido levísimo, como el maullido de un gatito, y una especie de chapoteo—. *Che bel ragazzo* —lo arrulló Carmela con suavidad—. Prueba a ver si quiere el pecho.

Nathalie se quedó mirando a su hijo como si no acabara de asumir lo ocurrido. Angela la ayudó a colocarse mejor al recién nacido que, tras palparla como si la tanteara, cerró los labios en forma de corazón alrededor de su pezón para empezar a succionar con empeño. Su hija levantó la mirada.

En sus ojos, Angela detectó la felicidad más absoluta, y al momento empezó a reír y sollozar al mismo tiempo. Tuvo que secarse un par de lágrimas que ni siquiera se había dado cuenta de que había derramado.

La puerta se abrió de par en par y el dottore Spagulo entró como un vendaval aferrando su maletín. Al ver el panorama se quedó estupefacto, y la expresión de su rostro pasó de la perplejidad al alivio en un instante.

—Me ha llamado mi esposa —explicó—. Cuando me he enterado de lo que ocurría, he subido al coche y he venido tan rápido como he podido...

—Pues de todos modos ha llegado tarde, *dottore*. Se ha per-

dido la mejor parte —se burló Carmela recuperando su carácter habitual—. Pero si quiere echarles un vistazo a la madre y al niño, llega en el momento oportuno.

Agotada, Nathalie se durmió con el bebé en brazos. Angela y Tess, que por supuesto se había enterado de lo ocurrido enseguida, no se cansaban de contemplarlos. El *dottore Spagulo* había cortado el cordón umbilical y los había examinado. Y, aunque no había observado la más mínima peculiaridad ni en el niño ni en la madre, les aconsejó que acudieran a la clínica por precaución cuando hubiera terminado de expulsar la placenta y Nathalie estuviera recuperada del agotamiento inicial del parto. Una vez allí, los médicos examinaron a la madre y al niño, y se aseguraron de que todo estaba correcto. La ginecóloga no encontró ningún motivo que explicara el hecho de que el parto hubiera sido tan rápido.

—*Succede* —había sido su único comentario al respecto—. Son cosas que pasan.

Angela había convertido el sofá de su salón en una cómoda cama y, después de limpiar la habitación de Nathalie y de haber cambiado las sábanas, Fania se acercó en silencio. Pero la calma no duró mucho. Con un graznido, seguido de un grito desgarrador, el recién nacido empezó a reclamar el pecho de nuevo.

—Bienvenida a la maternidad —dijo Angela para intentar animar a su hija, que se frotó los ojos con un gemido.

—¿Qué le pasa?

—Diría que tiene hambre.

—Buena idea —repuso Nathalie con un suspiro—. A mí tampoco me importaría tomar algo.

Entonces empezó el ajetreo. Mientras Fania se apresuraba a calentar la comida por la que nadie se había interesado hasta el

momento, Angela ayudó a su hija a encontrar una posición más cómoda para darle el pecho a su hijo. Y justo cuando el pequeño empezaba a succionar con ganas, y Tess se hubo instalado cerca de ellos en un sillón con la ayuda de Fania, la puerta se abrió y un anciano delgado entró con determinación.

—¿Qué he oído por ahí? —exclamó estirando la cabeza como un ave de rapiña—. ¿Ya ha nacido el niño? ¿Por qué tengo que enterarme siempre de las cosas por los demás? —preguntó fulminando con la mirada a Angela—. Y ¿encima esa vieja gruñona de Carmela estaba presente?

—Carmela nos ha ayudado una barbaridad —le explicó Angela—. Sin ella... No me quiero imaginar lo que podría haber pasado.

Si había esperado que ese comentario pudiera suavizar al anciano, se había engañado a sí misma. Enseguida recordó hasta qué punto los dos andaban siempre a la gresca.

—Y ¿qué diablos ha venido a hacer aquí Carmela? —gritó Rivalecca golpeando el suelo con un pie.

—Tranquilo, Lorenzo —le advirtió Tess señalando al recién nacido, que había parado de mamar y empezaba a quejarse de nuevo—. Haz el favor de no gritar tanto. ¿No ves que lo asustas?

Era evidente que hasta ese momento Lorenzo Rivalecca no había reparado en la presencia de Nathalie y el bebé en el sofá, porque nada más verlos su expresión se suavizó visiblemente.

—¿De verdad? No era mi intención...

Nathalie le dedicó una sonrisa cariñosa a Lorenzo. Que aquel anciano tan extraño fuera el verdadero padre de Angela y, por tanto, el bisabuelo de su bebé tenía que seguir siendo un secreto del que solo Tess estaba al corriente. Tess y la madre de Angela, Rita, habían acudido a Asenza para trabajar como jornaleras durante la cosecha de los viñedos hacía casi cincuenta años, y Lorenzo y Rita se habían enamorado. Muchos años después,

Lorenzo todavía afirmaba que la madre de Angela había sido el amor de su vida, a pesar de que sus caminos se hubieran separado tras una acalorada discusión. Al llegar a Alemania, Rita constató que estaba embarazada, pero, en lugar de superar su orgullo y regresar a Italia, se había casado con un antiguo pretendiente y le había hecho prometer a Tess que jamás le revelaría a Angela quién era su verdadero padre. Cuando el año anterior Angela le había comprado la tejeduría de seda a Lorenzo Rivalecca, el secreto había saltado por los aires. No obstante, como consideración para con los familiares de Lela, la mujer con la que Lorenzo se había terminado casando al marcharse Rita, decidieron mantener el secreto acerca de su parentesco. Lela Sartori, la anterior propietaria de la Villa de la Seda, ya había fallecido.

Con una mirada de agradecimiento a Fania, que en esos momentos le servía un plato de *ravioli* caseros recién hechos, Angela le recordó a su padre que no era el mejor momento de airear el secreto.

—Espero que lo llames Lorenzo —dijo el anciano mirando con los ojos vidriosos al pequeño, que entretanto ya se había agarrado al pecho una vez más.

Nathalie negó con la cabeza.

—Se llama Peter —afirmó mientras pescaba un par de *ravioli* con el tenedor—. Como mi padre. Aunque el segundo nombre todavía es negociable.

Lorenzo se dejó caer a los pies del sofá, de manera que Nathalie tuvo que replegar enseguida las piernas para que no se las aplastara. El pequeño Peter había dejado de succionar y parecía más interesado en la presencia de su bisabuelo.

—¿Quieres sostenerlo en brazos? —le preguntó Nathalie. Dicho esto levantó al bebé y le dio unos golpecitos con la palma en la espalda para ayudarlo a eructar antes de tendérselo al anciano. Este levantó las manos en gesto de rechazo.

—*No grazie* —se apresuró a exclamar aterrorizado—. ¡Seguro que vomita y me mancha la camisa!

Nathalie se rio, pero enseguida hizo una mueca de dolor.

—Caray —se quejó agarrándose el vientre—. ¿Cuánto más durará este dolor?

—No mucho —le prometió Angela. Una vez más, se sorprendió de lo mucho que su hija se asemejaba a Lorenzo. Sin embargo, el parecido tampoco era tan evidente, había que fijarse varias veces para apreciarlo, porque, al fin y al cabo, Nathalie tenía apenas veinte años y con su larga melena castaña era una joven atractiva. Lorenzo, en cambio, no solo por su avanzada edad, sino también por su carácter gruñón, parecía más bien una rapaz despeinada. Y aun así compartían esos fascinantes ojos de color verde oscuro, de manera que en momentos relajados y plácidos como ese no costaba imaginar que Lorenzo Rivalecca había sido en algún momento un joven realmente apuesto.

—Peter Lorenzo... y ¿qué más? —preguntó Rivalecca observando a su nieta con mirada astuta.

—Steeger, por supuesto —replicó Nathalie.

—Pietro Lorenzo Rivalecca también quedaría bien —propuso el anciano siguiendo a Fania con sus ojos de azor.

—¿Y eso? —preguntó su nieta con una sonrisa en los labios—. ¿Tienes previsto casarte conmigo?

Lorenzo Rivalecca fue el único que no reaccionó al comentario con una carcajada.

—No, tonta —repuso con brusquedad—. Pero podría adoptar a tu madre.

—¿Por qué tendrías que hacerlo? —quiso saber Angela. Poco a poco empezó a comprender que su padre estaba hablando en serio, a pesar de que Nathalie seguía riendo ante aquella idea descabellada—. De todos modos somos parientes —cons-

tató en voz baja mientras le ponía una mano sobre el brazo al anciano.

—Bah, sandeces —replicó él rechazando el gesto de cariño.

Angela respiró aliviada. Volvía a ser el viejo Rivalecca, ese anciano al que todavía le costaba aceptar como padre. Durante cuarenta y cinco años había otorgado ese papel a otro hombre, a pesar de que él había muerto de forma prematura y apenas habían podido compartir diez años juntos. Angela suspiró. Hasta el momento le había resultado difícil asumir que su madre jamás le hubiera contado la verdad. Por si fuera poco, eso le recordó que el padre del pequeño Peter tampoco sospechaba que había engendrado a un hijo.

—Entonces... ¿a este hombrecito no le falta nada? —preguntó Rivalecca señalando al bebé.

—Nada de nada —respondió Nathalie con seriedad. Sus labios volvieron a esbozar otra sonrisa—. ¿Quieres comprobarlo tú mismo? —preguntó, y de inmediato hizo ademán de levantarse—. ¡Ven, ayúdame a cambiarle el pañal!

—No, no, no, no, no —respondió Rivalecca con energía renovada y agitando sus largas manos frente al pecho en actitud de rechazo—. Eso son *affari di donne*. Cosas de mujeres. Yo no tengo que meterme en eso.

Se había levantado de un salto del sofá. Nathalie también se puso en pie, aunque con más dificultades y con el bebé en brazos.

—No me has dicho qué te parece —constató Nathalie sosteniendo al niño frente a Lorenzo—. ¿A que es precioso?

Rivalecca se quedó mirando la carita arrugada y manchada del pequeño.

—Bueno, yo qué sé —respondió al fin—. Tampoco lo definiría como precioso. Pero bueno..., no sé..., una maldita maravilla sí que es, ¿verdad?

Y luego hizo algo que nunca había hecho hasta el momento. Le dio un beso a Nathalie en la frente. Fue un beso tan fugaz que Angela se lo habría perdido si hubiera pestañeado en ese preciso instante.

Angela tenía al bebé en brazos mientras Nathalie se duchaba y se zampaba otro plato de *ravioli*. Mientras el pequeño dormía, la joven abuela fue incapaz de apartar la mirada de su nieto. Se oyó a sí misma pronunciando palabras cargadas de ternura y tuvo que controlarse para no comerse a besos al bebé. El amor que experimentaba era completamente nuevo, y la gratitud se apoderó de ella de un modo tan absoluto que no sabía ni cómo gestionar tanta emoción. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que el niño hiciera una mueca de dolor. Soltó un quejido seguido de unos chillidos penetrantes.

—¡Ya voy! —gimió Nathalie apurando el plato de pasta rellena—. Supongo que esto será así veinticuatro horas al día, ¿verdad?

—Así es, cielo —respondió Angela levantándose—. Pasaré un momento por la tejeduría. Fania, ¿hay alguna botella de pro-secco en el frigorífico?

—En previsión metí cinco botellas a enfriar —respondió el ama de llaves.

—¡Genial! —exclamó Tess con una amplia sonrisa de evidente satisfacción—. Cómo se nota que eres sobrina de mi Emilia —la elogió la anciana, con lo que consiguió que Fania se pusiera colorada como un tomate—. He venido a pasar un rato con tu hija —le dijo a Angela antes de abrazarla con ternura.

No fue necesario recurrir a las palabras para que se entendieran a la perfección.

—¿Cómo se llamará el niño?

Angela acababa de dar un pequeño discurso para agradecer de todo corazón a su personal la ayuda que les habían prestado. Después de brindar a la salud de Nathalie y del pequeño, pareció como si nada les importara más a aquellas mujeres que la respuesta a esa pregunta.

—Es decir —intervino Stefano—, el pequeño ha nacido en el día de san Colombano, y encima en un día de nieve. Puede que Colombano sea un nombre algo extraño, pero...

—¿Te has vuelto loco o qué? —gruñó Carmela, que para gran alegría de Angela también estaba sentada en la tejeduría, con los brazos cruzados sobre los dos bastones—. Nadie con dos dedos de frente le pondría hoy en día el nombre de un monje irlandés a su hijo, y menos el del santo patrón de los motoristas...

—A mí tampoco me parece buena idea —opinó Fioretta, y Anna la secundó.

—Ni hablar —aseguró Nola, tras lo que Orsolina le dio a su marido un empujón cariñoso.

—Nathalie quiere que el niño se llame Peter, igual que su padre —anunció Angela cuando se hubieron callado de nuevo.

—¿Peter? —preguntó Orsolina aparentemente desconcertada—. Ah, quiere decir Pietro.

—Bueno sí —comentó Angela divertida—. La versión italiana sería Pietro.

Vio que las copas habían quedado vacías y las llenó de nuevo. Al fin y al cabo, pensaba darles el resto del día libre.

—Entonces levantemos las copas una vez más —propuso Nicola, un napolitano que se había incorporado al grupo hacía apenas unas semanas—. ¡Por Pietrino y su preciosa madre!

—*Alla salute di Pietrino e sua bellissima madre* —repitieron los demás al unísono.

Anna fue la única que se quedó callada. Se limitó a lanzarle

una mirada herida a su atractivo colega. Todos sabían que estaba colada por sus huesos. Todos excepto Nicola, que al parecer era el único que no se daba cuenta.

—Espero que no estés enfadada conmigo —comentó Tess con aire culpable cuando Angela regresó a casa.

—Estoy segura de que mamá no está enfadada —opinó Nathalie desde el sofá en el que estaba tendida, absolutamente agotada y con el bebé sobre el pecho—. Fania se ha ofrecido para quedarse unas semanas conmigo y el pequeño. Para ayudarme...

—Ya hice lo mismo con mi hermana —intervino Fania—. Rosina tuvo una niña hace dos años. Me quedé con ella y me ocupé de todo lo que se tenía que hacer: cambiar pañales cuando la madre estaba agotada, acercarle al bebé cuando tenía hambre, bañarlo y, más adelante, cuando hubo crecido ya un poco, sacarlo a pasear cuando mi hermana estaba demasiado cansada para hacerlo ella misma. En nuestra familia es lo más normal del mundo —explicó Fania con los ojos brillantes—. Es que..., bueno, me gustaría mucho poder hacerlo ahora otra vez —añadió—. Claro está, si a usted le parece bien.

—Lo que pasa es que mi habitación es demasiado pequeña para eso —objetó Nathalie—, y por eso Tess nos ha ofrecido que nos mudemos con ella...

—Es buena idea —opinó Angela con resolución.

Seguramente. Aunque nada le habría gustado más que tener a su hija con ella en todo momento. No obstante, Nathalie no podía quedarse mucho más en su salón, tampoco podía ser egoísta.

—La planta para los invitados de la torre es ideal —añadió Tess en voz baja.

Angela conocía lo suficientemente bien a su amiga para comprender a qué venía esa mala conciencia. Solo pretendía ayudar.

—Tienes toda la razón —reconoció Angela pensando en las dos espaciosas habitaciones contiguas y el baño de Villa Serena, así como en las magníficas panorámicas que ofrecían las ventanas de la torre—. Será lo mejor. No os preocupéis por mí, al fin y al cabo estaré a cinco minutos de vosotras. Lo único que cuenta es que Peter y tú estéis bien. ¿Cuándo quieres mudarte?

—Mañana —respondió Nathalie, a la que ya se le cerraban de nuevo los ojos—. Justo después de registrar al bebé en el ayuntamiento. Tess me ha recordado que...

—Es una pura formalidad —intervino Tess—. Te acompañaré y me aseguraré de que todo se haga como es debido.

Entretanto, el pequeño Peter ya se había dormido de nuevo. Fania se lo quitó de los brazos a Nathalie y lo estuvo meciendo hasta que soltó un eructo. Luego lo tendió en la cuna que, con la ayuda de Tess, había sacado ya de la habitación de Nathalie.

—Pues mañana —repitió Angela mientras se ponía en pie.

Ella también estaba terriblemente agotada. ¡Menudo día! Por la mañana había nevado, y poco después había llegado al mundo su nieto.

—Pero... —empezó a objetar Fania tras plantarse frente a ella. Era evidente que tenía algo que decir—. ¿Quién se ocupará de usted mientras tanto, *signora*? A mi tía no le hará ninguna gracia.

—Entonces bastará con que vengas un par de horas al día y te encargues de lo más imprescindible —propuso Angela.

—Exacto. Y para las comidas, simplemente ven a casa, Angela —le propuso Tess mientras se levantaba—. Ya te lo he ofrecido cien veces y nunca me haces caso, pero ahora que tendré a tu hija y a tu nieto como rehenes... —empezó a decir con una sonrisa a la que Angela respondió enseguida.

—De acuerdo. No te preocupes, Fania. Además, tampoco será para siempre. Gracias por ofrecerte a cuidarlos.

La calma se impuso de nuevo mientras Nathalie y el niño dormían profundamente. Aunque ya eran las seis de la tarde, Angela se retiró a su dormitorio consciente de lo breve que era esa fase de recuperación para una madre que acababa de dar a luz. Pensaba en lo tranquila que se quedaba sabiendo que Fania cuidaría de ellos mientras marcaba el número de teléfono de Vittorio.

—*Ciao, bellissima* —la saludó él—. Precisamente estoy en el aeropuerto. ¿Qué te parecería si paso a verte?

—¡Sería fantástico! —respondió Angela, aunque de inmediato tuvo que respirar hondo—. Es decir, me parece bien siempre que no te importe pasar la noche con una abuelita.

Por unos instantes se hizo el silencio en la línea.

—¡No! ¿Ha nacido ya? Pero si todavía...

—Sí, todos pensábamos que tardaría un poco más. Pero ha nacido en cuestión de media hora. Nos ha pillado completamente por sorpresa.

—*Dio mio!* ¿Los dos están...? Es decir, ¿ha ido todo bien? —preguntó con una clara preocupación en la voz.

—Todo perfecto —respondió Angela, y de nuevo sintió el alivio que había experimentado ya tras el examen médico, en el que le habían confirmado que madre e hijo estaban de maravilla—. Te lo aseguro, ¡ha sido muy emocionante!

—Me lo imagino. Mejor dicho: no, no me lo puedo imaginar. Tienes que contármelo todo con pelos y señales. ¿Dónde están ahora Nathalie y el bebé?

—En mi salón —contestó Angela, y enseguida oyó que Vittorio se reía en voz baja, lo que le hizo amarlo todavía más—. O sea, que será mejor que entres por la vivienda para los invitados para no molestarlos.

Una hora más tarde, lo oyó subir con cuidado por la escalera que ascendía desde la vivienda para los invitados hasta su casa. Le abrió la puerta y al cabo de un instante ya lo tenía entre los brazos.

Como cada vez que pasaban unos días sin verse, puesto que Vittorio vivía y trabajaba en Venecia, se besaron apasionadamente.

—Sin duda alguna eres la abuelita más hermosa del mundo —le susurró él cuando por fin deshicieron el abrazo—. *Auguri!* Enhorabuena, cariño. Por cierto, ni siquiera te he preguntado si es niño o niña.

—Es niño —respondió Angela—. Nathalie quiere ponerle el nombre de su padre, pero me temo que viviendo aquí dentro de poco todos lo llamarán Pietrino.

Vittorio se rio y Angela se enamoró una vez más de sus brillantes ojos oscuros, de sus dientes relucientes y de los hoyuelos que le salían junto a las comisuras de los labios.

Como de costumbre, llevaba la tupida mata de pelo peinada hacia atrás, pero unos cuantos rizos grises le caían sobre la frente, por lo que Angela se los apartó con un gesto cargado de ternura.

—Quiero saber cómo ha ido todo —dijo él sacándose una botella de vino de la chaqueta—. No estaba seguro de si tendríamos acceso a la cocina, por lo que he decidido comprar algo por el camino —explicó justo antes de sacarse un sacacorchos del bolsillo del anorak.

—¡Genial! —exclamó Angela riendo—. En la cocina exterior de la planta baja hay copas y seguro que incluso algún paquete de galletas saladas o de frutos secos. ¿Tienes hambre?

En lugar de responder, Vittorio se metió la mano en el bolsillo una vez más y sacó dos *panini* envueltos.

—*Ecco* —dijo con una sonrisa—. *Prosciutto* para mí y *formaggio* para ti, como siempre. Es *provolone*, *va bene?*

—Eres simplemente fantástico —lo alabó Angela colgándose de su cuello.

Cuando se hubieron acomodado en la cama, ella le contó cómo había transcurrido aquella memorable mañana. Vittorio se olvidó de su *panino* y se limitó a escucharla con la boca abierta mientras Angela le describía los últimos minutos del parto.

—*Madre mia* —exclamó él impresionado cuando Angela hubo terminado—. Pobre Nathalie. Aunque quizá sea mejor eso que pasar veinticuatro horas en una sala de partos. No tengo ni idea. Supongo que los hombres no deberíamos opinar sobre esas cosas.

—Por suerte vino Carmela —prosiguió Angela, tras lo que tomó un sorbo de vino—. De repente consiguió que se impusieran la calma y la confianza —explicó, y negó con la cabeza con aire reflexivo—. Nunca lo habría sospechado.

—¿Por qué no?

—Porque es tan... gruñona, y de algún modo también imprevisible —intentó explicarle Angela.

—La gente de su edad acumula muchas experiencias —comentó Vittorio con indulgencia—. Quién sabe por qué se volvió tan gruñona.

—Tienes razón —dijo acurrucándose junto a él.

—Bueno, es que tengo un poco de experiencia con mujeres difíciles de avanzada edad —se justificó sonriendo.

Ella levantó la mirada. Algo en su voz le llamó la atención.

—¿Cómo está tu madre? —le preguntó Angela.

—Acabo de dejarla en el aeropuerto —respondió él.

—¿Ha ido a Roma para ver a su hermano?

—No, a Nueva York.

Angela se incorporó de nuevo.

—¿A Nueva York? Creía que no soportaba a los americanos.

—Ha ido a visitar a Amadeo —explicó él riendo—. Ha dicho que lleva demasiado tiempo sin ver a su nieto.

Amadeo era el hijo que Vittorio había tenido con su difunta esposa. Angela todavía no había tenido ocasión de conocer al chico. ¿Por qué Costanza había decidido hacer un viaje tan largo precisamente entonces?

—Y ¿crees que ese es el único motivo?

Él se encogió de hombros.

—Nunca sé lo que le pasa por la cabeza realmente —reconoció al fin—. Tú lo sabes mejor que nadie. Pero no hablemos más de eso —propuso antes de abrazar de nuevo a Angela—. Qué ganas tengo de que mi hijo también me haga abuelo.

—¿No lo echas de menos?

Vittorio titubeó antes de responder.

—Sí, claro que sí —respondió al fin—. Pero la verdad es que todavía recuerdo demasiado bien cómo era yo a su edad, y solo quería una cosa: marcharme de casa tan pronto como me fuera posible. Por eso le concedo tanta libertad. Prefiero que venga a verme porque me echa de menos, y no al revés.

«Es muy sensato», pensó Angela, y sintió un verdadero alivio al pensar en lo bien que se entendían Nathalie y ella.